

Bajáronse de aquesta cordillera  
Con orden y recato conviniente,  
Y fueron perlongando la frontera  
Que al valle de Upar tiene la vertiente,  
No cerca de la nieve, sino fuera,  
Mas bajos por ladera mas caliente;  
Y con hacer buen rato de desvío  
Pensaron todos perecer de frío.

Por ser flacos los hilos de la tela  
Que los cansados miembros les abraza,  
Y aun con tener refugio de candela,  
Estuvo cuasi muerto Juan Hogaza  
Una noche, cabiéndole la vela  
Con otros tres soldados de su traza,  
Los cuales del rigor estaban yertos  
Y á no los socorrer quedarán muertos.

Pues como les faltasen las frezadas  
Para poder sufrir tales rigores,  
Bajaron á buscar tierras templadas  
Por ser mas apacibles los calores;  
Hallaban las alturas despobladas  
Y cuasi sin ningunos moradores,  
Aunque yo dias ha que tuve nuevas  
Que los indios allí viven en cuevas.

Y es una gente vil y serranilla,  
Y su terreno de substancia flaca;  
Salióse pues la gente de Castilla  
Encaminada para Taironaca,  
Adonde se pobló la nueva villa,  
Que de novelas no hallaron vaca,  
Por ser de don Luis carta venida  
Para la gente toda, desabrada.

Diciendo que no dé repartimientos  
El general, sino por su mandado;  
Y así por sospechar malos intentos,  
Alcaldes y cabildo convocado,  
Al Castro hacen mil requerimientos  
Para que despoblase lo poblado;  
El cual lo rehusó, mas bien se entiende  
Ser el primero el que lo pretende.

El Juan de Rojas lo contradecía  
Afeando las tales intenciones;  
Instancia hizo, pero todavía  
Fueron de poco fruto sus razones;  
Y aunque no le faltaba compañía,  
Pudieron mas las otras opiniones  
Contrarias, pues salieron con su intento  
Y así desampararon el asiento.

Por Domo y Bohoé se volvió Castro,  
Y como fuese general teniente,  
Cuasi todos los mas siguen su rastro,  
A causa de querello bien la gente,  
Porque para ninguno fué padrastró  
Y á todos los tractaba noblemente.  
Juan de Rojas con guías de la tierra  
Por otra parte quiso ver la sierra.

Llevaba solos treinta compañeros,  
Todos ellos personas principales,  
Mancebos alentados y lijeros  
Que en juventud florida son iguales;  
Y destos la mitad arcabuceros,  
Y dellos el mejor Martin Gonzalez,  
Segun mostró, con tres mancebos fuertes,  
En un paso do hizo grandes suertes.

Y fué que demandando por Macinga  
Indios á Santa Marta ya cercanos,  
Cargando moradores de Gauringa  
Y de los otros pueblos comarcanos,  
Fué menester tenerse á la relinga  
Y aprovecharse bien de entrambas manos,  
Porque con arco, flecha, dardo, maza,  
A los treinta les iban dando caza.

Pues como descendiesen del altura,  
Conmovidos de bélico coraje,  
Por los acapillar en la fondura  
Del valle por do llevan su viaje,  
Habiendo de pasar un angostura  
La gente del ejército salvaje,  
Este Martin Gonzalez fué bastante  
Para que no pasasen adelante.

El y otro con sus dos rodeleros  
El paso defendieron con tal ira,  
Que como fuesen anchos los terreros  
No va de balde bala que se tira,  
Hasta quel capitán y compañeros  
En salvo se pusieron y á la mira,  
Tomando las alturas de un repecho  
Para se defender mas á provecho.

De los cuatro que vamos refiriendo  
Heridos ya los tres de dura jará,  
Se fueron poco á poco retrayendo,  
Al bárbaro cruel haciendo cara,  
Hasta que ya se fueron encubriendo,  
Donde su compañía los ampara:  
Al Gonzalez y á los demás curaron,  
Y de los tres ningunos peligraron.

Porque para curar este veneno,  
Que rarismas veces es curable,  
El estiércol de hombre hallan bueno  
Y ha sido contrayerba saludable;  
Y aunque el olor no sea para seno,  
Por no ser apacible ni tractable,  
Deseo de escapar destas dolencias  
Hace hacer tan sucias esperiencias.

Allí hicieron noche con las guías,  
Porque la luz del sol se les aparta,  
Y antes que se pasasen horas frías,  
Ni se pudiese ver letra de carta,  
Caminaron, y dentro de dos dias  
Llegaron al ancon de Santa Marta;  
Y el Castro, mas tardio caminante,  
Llegó poco después con el restante.

Al don Luis halló mal enojado  
Porque dejó las nuevas poblaciones,  
Y sin querer mirar lo procesado,  
Requerimientos ni protestaciones,  
Lo tuvo ciertos dias mal tractado,  
En cárcel y gravamen de prisiones,  
Con otros, de quien era manifiesto  
Tener alguna culpa cerca desto.

Como viesen la cosa de mal arte,  
Y les faltase bolsa proveída,  
De gente principal del estandarte  
No pocos se pusieron en huida,  
Para poder buscar en otra parte  
Las cosas necesarias á su vida,  
Reconociendo su vivir estrecho  
Y el riesgo grande sin ningun provecho.

Mitigándose pues las tempestades  
Y los rigores del furor reciente,  
Incitado por malas voluntades,  
Metióse de por medio noble gente,  
Y al fin se celebraron amistades  
Entrel gobernador y su teniente,  
Con tal que en Pocigüeyca pueblo funde  
De donde mas provecho les redunde.

El Francisco Gonzalez lo rehúsa  
Por ver muchos soldados ya huidos,  
Y ansimismo ponía por escusa  
Estar los indios ensoberbecidos,  
Y numerosa gente ser inclusa  
Dentro de aquellos pueblos y partidos,  
Y en ir con poca gente y mal reparo  
No sucedelles bien estaba claro.

Dijo mas: que la gente que confina  
Mas á la mar, aunque venido haya  
De paz, es por gozar de la marina  
Y por las pesquerías de la playa;  
Y si cualquiera dellos se amotina,  
Nada podrá hacer cualquier que vaya,  
Y si dos ó tres dias sufren carga  
No la querrán sufrir mas á la larga.

Importunaron tanto los padrinos,  
Que con la voluntad dellos consiente,  
Con que para hacer estos caminos,  
Por haber poco número de gente,  
Vayan esta jornada los vecinos  
Y el don Luis de Rojas juntamente;  
Entraron en cabildo para ello,  
Y en efecto prometen de hacello.

Visto que los vecinos se disponen  
A viaje de guerra tan dudada,  
Luego Castro mandó que se empadronen  
Por lista los que van á la jornada;  
Mas entre tanto aquellos se componen,  
Quiero yo descansar de la pasada,  
Para que la desgracia sucedida  
Con nuevo canto sea digerida.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo llegó Francisco Gonzalez de Castro á Pocigüeyca  
y pobló á las faldas de la sierra, y lo que mas aconteció hasta dejar el  
asiento que habian poblado.

Por muchos casos dignos de memoria,  
En diferentes tiempos sucedidos,  
Es á los hombres cosa muy notoria,  
Si no por ojos, si no por oídos,  
Que los que salen siempre con victoria  
No fácilmente pueden ser vencidos,  
Por romper los que fueron vencedores  
Sin temor, y los otros con temores.

Y así, segun parece, no se halla  
Indios de Pocigüeyca haber perdido  
Con españoles alguna batalla  
De muchas que con ellos han tenido,  
Con carecer de cercas y muralla,  
Sino lugar exento y estendido;  
Y desta causa ya perdido miedo,  
Esperan españoles á pié quedo.

Considerando Castro lo que toco,  
Teniendo destas cosas esperiencia,  
Pareciale ser intento loco  
Emprender tan acerba competencia,  
El número de los soldados poco,  
Y de los indios mucha la potencia;  
Pero por redimir prision y pena  
Midió su voluntad por el ajena.

Y así, hecha la lista desta gente  
Que para tal jornada mejor era,  
Se hallaron ochenta solamente,  
Algunos recelando la carrera,  
Tanto, que por mandado del teniente  
Dos ó tres se llevaron en collera,  
Porque del conocido dextramento  
Ninguno pretendiese ser exento.

Conviniéronse pues las camaradas  
De los jinetes diestros y peones,  
Las espadas y lanzas preparadas  
Y sayos de tupidos algodones,  
Versetes, arcabuces y celadas,  
Los cascos y fornidos morriones,  
Con los demás pertrechos y adherentes  
De que suelen usar guerreras gentes.

El Juan de Rojas no se quedó fuera  
Con oficio de principal caudillo;  
Acompañó Pedro de Ribera,  
El Diego y el Rodrigo Jaramillo,  
Andrada y Alatráz, Carlos de Vera  
Y Juan Beleño, que era su carillo,  
El capitán Maceta, Juan Cordero  
Y otros que de presente no refiero.

Estos y los demás puestos á punto,  
De Santa Marta hacen movimiento;  
No sale don Luis con ellos junto,  
Ni los vecinos dan consentimiento;  
La causa debió ser, segun barrunto,  
No convenir dejar aquel asiento,  
Porque tenían nuevas de cosarios  
Y á vista muchedumbre de contrarios.

Mas á nadie lo tal fué descubierto,  
Ni recelaron lance semejante,  
Sino que ya salidos deste puerto,  
Los soldados echados por delante,  
El don Luis debajo de concierto  
Había de salir con el restante;  
Y así Castro camina con ochenta,  
Serían de caballo como treinta.

No cesan hasta ver el señorío  
De Pocigüeyca, sierra soberana,  
Alojáronse cerca de aquel río  
Que de la gran altura della mana,  
Al cual antiguos llaman Rio-Frío,  
Cuyas orillas tienen tierra llana;  
Y viendo de los indios el sosiego,  
Determinaron de poblarse luego.

Regularon artifices la traza,  
De pedimiento de los populares,  
En un largo papel que se embaraza  
Con cuadras do señalan los solares:  
Aquí ponen iglesia y allí plaza,  
Tomando los mas cómodos lugares;  
Alcaldes nombran, hacen regidores  
De los que les parecen ser mejores.

Después de hechas las reparticiones,  
Que fueron desta tierra las primeras,  
Luego con acerados segurones  
De los cercanos montes y riberas  
Cortaron estantillos y horcones,  
Varas, soleras, latas y cumbreñas,  
Para hacer con estos materiales  
Las casas y las cercas de corrales.

Viendo los indios cómo los cristianos  
Tomaban el negocio tan de veras,  
Y cómo con las armas en las manos  
Osaban fabricar en sus fronteras,  
Acudieron de paz los mas cercanos  
Con muestras apacibles y sinceras,  
Ayudándoles mas de veinte dias  
En obras propias y en las obras pias.

Eran al parecer sanos intentos,  
Pues servían en cosas necesarias,  
Trayendo siempre de sus alimentos,  
Batatas y maiz, y frutas varias,  
Sin que los levantados pensamientos  
Pudiesen presumir cosas contrarias,  
Aunque Castro como quien mas alcanza  
De su paz tuvo poca confianza.

Dábalas cada cual de lo que tiene  
Para tenellos gratos y pacientes,  
Y Castro les decía que si viene  
No es á destruir ni matar gente,  
Sino de la manera que conviene  
Hacellos sus amigos y parientes;  
Que como tales tracten y contraten  
Y que jamás se bieran ni se maten.

Que tomen nuestra fe, dejando leyes  
De ceremonias rústicas y vanas  
Que hacen en sus casas y caneyes,  
Con ritos y costumbres inhumanas;  
Que sirvan al mejor rey de los reyes  
A quien sirven las gentes castellanas,  
Pues es así que siéndole subyeto  
Vivirán descansados y quiéto.

Y que si fueren en la paz constantes,  
Ellos nunca serían importunos;  
Mas sus razones no fueron bastantes  
Para de sus resabios ir ayunos:  
Antes si pocos acudían antes,  
Después jamás pudieron ver algunos,  
Y así por ser tardía la venida  
Su mala voluntad fué conocida.

Entendióse por cierto que Betoma,  
Hombre sanguinolento, viejo cano,  
A quien reconocían por Naoma,  
Que sobre los caciques tiene mano,  
Hizo congregacion en una loma  
De los del territorio comarcano,  
Y estando gran ejército presente  
Quieren decir que dijo lo siguiente:

«Si alguno de vosotros me pregunta  
Por cuales ocasiones ó de dónde  
Ha venido hacer aquesta junta,  
Necesidad presente le responde;  
Pues hay quien al compás de aquella punta  
Vele sobre nosotros y nos ronde,  
Nos robe, nos maltracte é inquiete  
Y á su dominio duro nos subyete.

»Hacer reparos en aquel asiento,  
Salida general de nuestras vias,  
Certidumbre nos da ser con intento  
De perturbarnos nuestras granjerías,  
Y para que sin su consentimiento  
No podamos gozar de pesquerías,  
Que son en esta tierra no vencida  
Sustento principal de nuestra vida.

»Y no de balde se les representa  
Que nos ponen allí gran estrompiezo,  
Y que con este solo hagan cuenta  
De tenernos el pié sobre el pescuezo;  
Y así yo por huir desta tormenta  
Las manos y las armas aderezo,  
Y mi voluntad es y me parece  
Que cada cual de vos las aderece.

»Creer que buscan paz es desatino,  
Segun su vecindad es sabidora,  
Que si la gozan es por oro fino  
O cosas que les pagan de demora;  
Al fin quien vive cabe tal vecino  
Olvida su cantar y siempre llora,  
Pues tienen los subyectos á su imperio  
Un mas que miserable captiverio.

»Ingratos á cualquiera beneficio,  
Y puestos en tan grande desafuero,  
Que demás de morir en su servicio  
Han de contribuirles el dinero;  
Y entrellos el que tiene vil oficio  
Se muestra mas feroz y mas severo:  
El amenaza presta, voz y grito,  
Desque tiene la suya sobre el hito.

»Entendidas teneis sus condiciones  
Y los efectos que dellas redundan  
Y cuáles pueden ser sus intenciones,  
Pues que dentro de nuestras tierras fundan  
Y hacen á gran priesa poblaciones,  
Debajo las cautelas de que abundan,  
Fingiendo paz que dellos se destierra,  
So color de la cual nos hacen guerra.

»Ansí que, justa causa nos levanta  
A las armas y bélicos ardores,  
Para desarraigar la nueva planta  
Que hacen estos locos pobladores,  
Cuya fuerza no debe de ser tanta  
Que baste para nos poner temores,  
Pues mucha gente de mas alta guisa  
Nos han dejado hasta la camisa.

»Vistes las majestades y el estruendo  
De Lerma cuando vino de Castilla,  
Y luego (de que yo me estoy riendo),  
Aun no bien comenzada la rencilla,  
A una de caballo fué huyendo  
Dejando los tapices y vajilla;  
Vistes la mortandad y la miseria  
Del capitán Fernando de la Feria.

»Vistes que de la flor de sus soldados  
Ovistes muchos vivos á las manos,  
Y veis los santuarios hoy poblados  
De barbas desolladas de cristianos,  
Con otros mil despojos que colgados  
Dentro de vuestras casas teneis sanos  
Por modo de blasones y ufania  
Y en memoria de vuestra valentia.

»Valor de Pocigüeyca conocido  
Es el día de hoy adonde quiera:  
Al mas aventajado y atrevido  
Oyéndola le tiembla la contera;  
Y es porque nunca supo ser vencido,  
Ni padeció contraste su bandera,  
Antes siempre gozó de la victoria  
Y ha de permanecer con esta gloria.

»Un solo lancecillo disminuye  
La honra que teníamos bien puesta,  
El cual á Manjarés se le atribuye  
Cuando nos saltó con mano presta;  
Mas fué como ladrón á muerde-huye,  
Sin esperar el fin de la respuesta,  
Pues por presto que fuimos en alcance  
Era ya retirado con el lance.

»Mas agora que estamos vigilantes  
Por estos que teneis ante los ojos,  
Mayores huestes no serán bastantes  
Para ponerlos tímidos enojos;  
Antes si (como siempre) sois constantes  
Habeis de mejoraros en despojos,  
Y así ternán por bien, hecha la guerra,  
De dejarnos vivir en nuestra tierra.

»Es pues mi voluntad acerca desto  
Que el viejo y el mancebo se prepare,  
Y con volantes flechas esté presto  
Aquel día que yo les señalare,  
Para que las victorias ó denuesto  
O por nos ó por ellos se declare,  
Y por su mal el español entienda  
Esta tierra tener quien la defienda.»

Dijo, y un vejezuelo dicho Dano  
Se levantó diciendo: «Buen Betona,  
Vuestro consejo me parece sano;  
Mas si mi parecer aquí se toma,  
No debemos buscarlos en lo llano,  
Sino dejar que suban á la loma,  
Pues como ya de paz les falte muestra  
Ellos han de venir en busca nuestra.»

»Que si para poblar en aquel puesto  
No los han ocupado flacos miedos,  
Al buen entendedor es manifiesto  
Que no deben querer estarse quedos;  
Velemos el camino y el recuesto  
Y estén arcos pendientes de los dedos:  
Que no faltara blanco ni terrero,  
Pues tienen de subir por contadero.

»De noche no hay canino que se siga,  
Que todos los tenemos derrumbados;  
De día subirán con gran fatiga,  
Nosotros estaremos descansados;  
Y si el ardor del sol no se mitiga,  
Ellos han de subir desalentados,  
Y entonces al subir de cualquier cuesta  
Su muerte desastrada tienen presta.»

Oida la razon del Dano viejo,  
En trances semejantes hecho callo,  
Y que donde no huella por parejo  
Mal puede contrastarlos el caballo,  
A todos pareció ser buen consejo,  
Y así determinaron de tomallo,  
Y con velas y espías por de fuera  
Embarzaron toda la frontera.

Vista por Juan de Rojas la tardanza,  
Que ya de su pacífica vida  
Tiene perdida toda confianza,  
Para subir arriba se convida  
A procurar búhios ó labranza,  
Do puedan proveerse de comida,  
Porque mantenimiento les faltaba  
Como faltase ya quien se lo daba.

El Francisco Gonzalez bien quisiera  
Podelles estorbar estos caminos,  
Diciendo cómo ya saben que espera  
A su gobernador y á los vecinos,  
Y no ser cosa justa salir fuera  
Sin ver de sus consejos los mas dinos,  
Que puestos en consulta desque vengan  
Aquellos seguirán que mas convengan.

Al cual, la noble gente descontenta  
Y harta de esperar, todos á una  
Le respondieron que no haga cuenta  
De socorro ni de venida alguna,  
Sino que la salida les consienta;  
Y en este caso fué tan importuna  
Que con sus voluntades se conforma  
Señalándoles términos y forma.

Salieron treinta y dos á la lijera,  
Para por allí número pequeño:  
Van Alatrax y Pedro de Ribera,  
Rodrigo Jaramillo, Juan Beleño,  
Diego de Fuentes y Carlos de Vera,  
Que son el andaluz y el extremeño,  
El Juan de Rojas que los acaudilla  
Juzga por invencible su cuadrilla.

Madrugan, y durante los frescores  
Al pueblo suben que tienen enfrente  
Los que de Pocigüeyca son señores,  
Cuyos términos parte la corriente  
Del rio que producen sus altores,  
Y en él entraron todos libremente,  
Por estar sus vecinos retraídos  
A los lugares mas fortalecidos.

Trastórnense pajizos aposentos,  
Por los que buscan áurea ganancia;  
Pero segun sus ricos pensamientos  
Nunca se halló cosa de substancia,  
Puesto caso que de mantenimientos  
Crecidísima copia y abundancia,  
De la cual proveyeron los costales,  
Con vela de soldaos principales.

Porque Alatrax y Pedro de Ribera  
Con otros diez de no menos sultura,  
Del alto reventon desta ladera  
Tomaron luego la mayor altura,  
De donde devisaron mas afuera  
Diez indios de soberbia compostura,  
Haciendo las pernetas y visajes  
De que suelen usar estos salvajes.

El Alatrax, que desto se reia,  
Enfucia de Amadis el bravo perro,  
A todos los demás persuadia  
Que fuesen á quitillos de aquel cerro;  
Mas á su voluntad no respondia  
Alguno dellos, por parecer yerro,  
Esceptos el Ribera y un Morales,  
Con un negro del Francisco Gonzalez.

Ribera y Alatrax, arcabuceros,  
Puesta la coce ya sobre el esquila,  
El negro y el Morales, rodeleros,  
Con el perro que llevan de trailla,  
Con piés mas afirmados que lijeros  
Llegaron á la bárbara cuadrilla,  
Do luego descubrió con mil plumajes  
Un emboscada grande de salvajes.

Las cuerdas de los arcos se menean,  
Suenan en las muñecas los crujidos,  
Por una y otra parte los rodean  
Con temerosos gritos y alaridos;  
Los cuatro que vinieron ya desean  
Verse de los amigos socorridos:  
Apuntan balas á lo descubierto,  
Pero ninguno ven que caiga muerto.

Hacer buenas rodelas aprovecha;  
Mas al Ribera, bala despedida,  
Traspasó luego venenosa flecha  
La manga del jubon, sin dar herida;  
El negro se la quita con sospecha  
Que fuera perdidoso de la vida,  
Pero por no hacer buena rodela  
Ovo de perder él la vital tela.

Porque cuando pensó que se repara  
De las que descendian del cabezo,  
Mortifera, cruel y dura jara  
La punta le metió por el un bezo,  
Y al tiempo que volvió la negra cara  
Otra le segundó por el pescuezo,  
De tal suerte que no fué parte cura  
Para dejar de ver la sepultura.

El Amadis buscando va lugares  
Donde poder cebar su duro diente,  
Pero por los flecheros singulares  
Aquesta prueba no se le consiente,  
Pues luego le pasaron los ijares  
Las duras espaldillas y la frente,  
Y en el morir las mas largas demoras  
No pasaron de veinte y cuatro horas.

Como faltó la fuerza del cachorro,  
Y el negro Juan también se le absentia,  
Ninguno de los tres pensó ser horro  
Ni libre de tan aspera tormenta;  
Mas llegó Juan Beleño con socorro  
De gente que los tímidos alienta,  
Y juntos hacen tal arremetida,  
Que á los indios pusieron en huida,

Uno dellos ovieron á las manos  
Porque les hizo rostro resistivo,  
Al cual dieron castigos inhumanos  
Y ajenos de católico motivo,  
Pues por los intestinos y livianos  
Al misero gandul empalan vivo;  
Pusieronlo después en un collado,  
A vista del lugar recién poblado.

Al fin llevaron copia de alimento  
Para las castellanas compañías  
Y reposaron en aquel asiento  
Por espacio de seis ó siete días:  
Crece de Juan de Rojas el intento  
De trastornar aquellas serranías;  
Y así debajo destas intenciones  
Al Castro le habló tales razones:

«Señor, aquí se quejan los soldados  
Por estar tanto tiempo detenidos,  
Y no les convenir estar parados  
Las manos en los senos y dormidos;  
Pues consta que de estar acobardados  
Los indios se harán mas atrevidos,  
Y su venida es á hacer llana  
La gente de la sierra comarcana.

»Su parecer es este, y aun el mio,  
A causa de que tengo por muy cierto  
Que la prudencia grande de mi tio  
No tiene de desamparar el puerto:  
Que seria notorio desvario  
Y no poco culpable desconcierto  
Desarraigar del pueblo sus poderes,  
En él dejando solas las mujeres.

»Hagamos por acá lo que debemos  
Segun el orden diere gente diestra;  
Pues la paz destes indios ya sabemos  
Cuán mal y por mal cabo se encabestra;  
Y aun como por allá no los busquemos,  
Ellos han de venir en busca nuestra;  
Y si vinieren como se barrunta  
De muchas partes ha de ser la junta.

»Luego mejores son mis opiniones  
En illos á buscar á sus alturas;  
Estorbaránse las congregaciones  
Que hacen sus defensas mas seguras;  
Cuanto mas que no son tales leones  
Cuanto nos representan las pinturas:  
Quel mas valiente y mas aventajado  
Al fin es indio vil, desventurado.

»He mirado también con advertencia,  
Segun la poblacion que se derrama,  
Que no debe ser tanta su potencia  
Cuanto dicho comun nos encarama:  
Por tanto dé vuestra merced licencia,  
Veremos si conforman con la fama;  
Pues, como digo, parecer es vano  
Que nos estemos mano sobre mano.»

No hizo luego su respuesta llena  
El Castro, por quedar algo suspenso;  
Mas por no parecer que desordena  
Lo que se le pidió tan por estenso  
Le dijo: «Señor, id en enhorabuena,  
Y no vais en aquella que yo pienso:  
Antes permita Dios que todo sea  
Ansí como vuestra merced desea.»

El Rojas apercibe treinta y siete  
Peones castellanos y andaluces,  
Porque en aquel altor donde los mete  
Se habian de hallar entre dos luces;  
Aprestaron un tiro falconete,  
Preparan las rodelas y arcabuces,  
Con el demás beligero pertrecho  
Que para guerras era de provecho.

En esta coyuntura por Betoma  
A ciertos capitanes fué mandado  
Quitar el empalado de la loma  
Y traello do fuese sepultado;  
Tan furioso, que á su cargo toma  
La venganza del indio justiciado,  
Diciendo: «Quien te dió tan duras penas,  
El me lo pagará con las septenas.»

No dijo mas, pero sus intenciones  
Serian de hacer la tierra roja  
Con la sangre de humanos corazones  
De la gente cristiana y ortodoxa;  
La cual ya meneaba los talones  
Para buscar mortifera congoja;  
Porque con el cuidado zahareño  
Era para sus ojos dulce sueño.

Pues cuando soñolienta dulcedumbre  
Regalaba la luz de los humanos,  
Comienzan ellos á subir la cumbre,  
No solo con los piés, mas con las manos,  
Con gran sudor y suma pesadumbre,  
Por no ballar do pongan los piés llanos  
Sino cuchillas y derrumbaderos,  
Donde valian poco piés lijeros.

Destilando sudor barbas y cuellos,  
Aunque se caminaba con la fria,  
Pudieron con sus presurosos huelllos  
Llegar donde una mesa se hacia;  
Allí pararon por tomar resuello  
Con el recato que les convenia,  
Por ser entonces cosa creyera  
Haber indios que velen su frontera.

Cerca del paso y en aquella frente  
Adonde les llevaban sus intentos,  
Hubo ramosa ceiba y eminente,  
Que sin exteriores instrumentos  
Al suelo vino repentinamente  
Sin padecer contraste de los vientos,  
Cuyo rumor y temeroso trueno  
Lo bajo y lo mas alto hizo lleno.

Apuntaron las ramas acia ellos,  
Y visto que cayó sin ventisquero,  
Yertos se le pararon los cabellos  
Al mas aventajado compañero:  
Y así sin ver los fines ni sabellos,  
Aquello se juzgó por mal agujero,  
Tanto, que muchos ya de mejor gana  
Volvieran á tomar la tierra llana.

Mas Juan de Rojas dijo: «No temamos  
Una señal tan leve como esta,  
Porque si por agujeros nos guiamos,  
Que tengo por locura manifiesta,  
Aquesta nos declara que bastamos  
Para que no les quede casa enhiesta:  
Que pues se bajan plantas con raices,  
También bajarán indios sus cervices.»

Con estas y otras cosas los anima,  
Y caminaron á tomar la loma,  
Hasta que se pusieron mas encima  
A vista del gran pueblo de Betoma,  
Do claridad de Venus les intima  
Venir aquel de quien la suya toma;  
Hicieron en aquel lugar remanso  
Para tomar un poco de descanso.

Luego del sol se vido la presencia  
Ahuyentando la nocturna capa;  
Miran las poblaciones y opulencia  
Que situadas van por una chapa;  
Como no ven quien haga resistencia,  
Creer haber alguna gran solapa,  
Fácil de conocer aquel secreto,  
En ver aquel compás todo quieto.

Los ojos van por una y otra via  
Para ver el entrada mas segura;  
Algo mas adelante parecia  
Camino que contiene gran anchura,  
Y por aquella parte lo cubria  
Una ramosa ceiba y espesura,  
Acerca de la cual vió nuestra gente  
Doce valientes indios solamente.

No cierto descuidados ni dormidos,  
Pues cada cual estaba bien armado,  
En las manos los arcos encogidos,  
El venenoso tiro preparado;  
Los españoles viendo detenidos  
Tan pocos en lugar embarazado,  
Preparan y reparan las rodellas  
Temiendo que los ceban con cautelas.

Y estando juntos todos treinta y siete  
Previene los pertrechos que traian,  
Y disparan la carga del mosquete  
Por ver acia qué parte se desvian;  
Ninguno de los nuestros arremete,  
Aunque los indios fingen que huian  
Para metellos en un emboscada  
Entre ramosas plantas ocultada.

Dejan con el mosquete seis soldados  
Que guarden las espaldas, y al instante  
Los demás bien compuestos y ordenados  
Proceden tras los indios adelante,  
Rodelas y arcabuces preparados,  
Y el mas remiso dellos vigilante,  
Pues por lo que ya vieron, nadie niega  
Haber de padecer dura refriega.

Y así les acontece, pues apenas  
Llegaban á la ceiba los primeros,  
Cuando con gran furor las matas llenas  
Despachan tanta fuerza de flecheros,  
Cuanto enjambres salen de colmenas  
En aticos y siculos oteros,  
Con grita y estampida tan horrenda  
Que no hablan palabra que se entienda.

No fué de tantas gotas embestido  
Peñasco de la punta de Malea,  
Siendo de todas partes combatido  
Por bravo viento que la mar menea,  
Cuanto fué de las flechas el ruido  
Que á nuestros españoles espolea,  
Con piedras como puños y mas gruesas  
Que sobrel escuadron caen espesas.

Están los españoles de rodillas  
Detrás de las rodellas encorvados,  
Cubiertas de sudores las mejillas,  
Y algunos del vivir desconfiados,  
Ya deseando que de las rencillas  
Fuesen los duros golpes mitigados;  
Mas el grave rigor desta presura  
Tanto lo ven mayor cuanto mas dura.

El furor era de quietud extraño  
Por lo mover Alecto con sus alas:  
Dispara quien tenia férreo caño,  
Pero las punterías eran malas,  
Pues no se puede ver si hacen daño  
Las impelidas y nocivas balas;  
Y si tal hay que trama vital deja,  
No suspira, ni gime ni se queja.

Durantes las horribles confusiones,  
Apolo con sus rayos mas cercanos  
Abrasa las humanas proporciones,  
E ya todos los tiros salen vanos  
Por encenderse tanto los cañones  
Que no pueden sufrillos en las manos;  
Pero con todo esto se desea  
Llevar mas adelante la pelea.

Lléganse mas al escuadron desnudo,  
Y entonces arrojó brazo potente  
Un guijarro rollizo tal que pudo  
Al mulato Francisco de la Fuente  
Hacelle dos pedazos el escudo,  
Y hendelle los cascos de la frente,  
El cual á pocos pasos dió caída,  
Que fueron los postreros de su vida.

Desto los indios ensoberbecidos  
Acudieron con otra mayor carga,  
Y á muchos que vivian advertidos  
Muy poco les prestó hacer adarga:  
Catorce se hallaron mal heridos  
Que quisieran hacer huida larga;  
Mas Rojas que gran brio manifiesta  
Con aquesta razon los amonesta:

«Animo, caballeros, y osadia:  
Mirad quién sois y vuestra descendencia,  
Porque si no mostrardes cobardia  
Muy presto les vereis hacer ausencia;  
Pero si la mostrais, hoy es el dia  
En que tenéis la muerte por herencia,  
Pues bien veis que consiste nuestra vida  
En que nuestro poder no se divida.»

El fuerte y animoso caballero  
Con aquestas razones los sustenta,  
Mas uno que llamaban Espadero  
De sus consejos hizo poca cuenta,  
Pues en volver espaldas fué primero;  
Tras él ni mas ni menos todos treinta;  
El Juan de Rojas del rigor horrendo  
Poco á poco se iba retrayendo.

Dale priesa la gente monstruosa  
Por la parte mas desembarazada,  
Con flecha, con pedrada rigurosa  
De que centelleaba la celada;  
Mas ninguno de todos ellos osa  
Llegar á ver los filos del espada,  
Antes como confusos y perplejos  
La guerra que le hacen es de lejos.

Bien como cuando gente se congrega  
Contra tigre que sale de florestas,  
Que con temor ninguno se le llega  
De todos cuantos armas tienen prestas,  
Antes por escapar de la refriega  
Desarman desde fuera las ballestas,  
Y el tigre con furiosos accidentes  
Les enseña las garras y los dientes:

Desta manera va haciendo cara,  
Quitadas ya las plumas del almete,  
Porque la dura piedra, flecha, jara,  
Allí no halla cosa que respete;  
Llegó donde la gente suya para,  
Que fué donde dejaron el mosquete,  
A la cual con modestia reprehende  
Y les dice también lo que pretende.

Porque viéndolos ya como difuntos  
Les dijo: «Bien será que no se enfrie  
La vuelta, por venir á tales puntos,  
Que no puedo saber de quién me fie;  
Mas al bajar bajemos todos juntos  
Sin quel uno del otro se desvie,  
Porque serian términos de locos  
Dividirnos en partes siendo pocos.»

«Pero Juan Alatrax vaya delante  
Con seis sanos y todos los heridos,  
Y no sea tardio caminante:  
Nosotros á la vista recogidos,  
Pues como nadie huya, Dios mediante,  
Podremos caminar sin ser rompidos;  
Y mas abajo tomen el collado  
Frontero donde el indio fué empalado.»

Aquel alto mandó que le tomasen  
Y los heridos no se detuviesen,  
Pero los sanos tiros disparasen  
Para que los del campo los oyesen,  
Porque su menester manifestasen  
De tal manera que los socorriesen,  
Pues desde allí sulfurosos tronidos  
En el campo serian percebidos.

El Alatrax con paso no prolijo  
Procuró de cumplir luego su mando  
Con grandes pesadumbres y cojiño  
Que padeció con el herido bando;  
Finalmente llegó donde le dijo,  
Y estuvo los traseros esperando,  
Los cuales mientras él iba huyendo  
Estuvieron los indios deteniendo.

Luego Rojas compuso sus peones  
Para que fuesen todos en hilera,  
Y un mestizo, fulano de Quiñones,  
En avanguardia fué y en delantera;  
Y en recta guardia, con sus morriones,  
Juan de Rojas y Pedro de Ribera;  
Y á las espaldas por angosta plaza  
Los indios le venian dando caza.

El Quiñones huyó por el camino  
Que mas á su propósito hacia,  
Viendo que con furor luciferino  
Ejército cruel los perseguia;  
Venciéronse de tanto desatino,  
Que ya sin orden cada cual huia,  
Quedando solos con la gente fiera  
El maese de campo y el Ribera,

Como grave calor los fatigaba  
Y la terrible sed los afligia,  
El Rojas al Ribera le rogaba  
Le quitase las armas que traia,  
Que verdaderamente se ahogaba;  
Y el Pedro de Ribera respondia:  
«Vuestra merced apreste la carrera,  
Que no puedo quitallas aunque quiera.»

Pues á la muerte viéndose vecino,  
Tomó por parecer y por consejo  
Seguir tras un mancebo vizcaíno  
Que se libró de cierto gandul viejo,  
Mas no del golpe con que sobrevino  
Asentado detrás del pestorejo;  
El cual iba saltando por el heno  
Porque otro no le diese mas en lleno.

Al maese de campo le parece  
Que pudiera correr con tal soltura,  
Y el peso de las armas entorpece  
Sus piés y corpulenta compostura;  
Y pocos pasos dados, descaee  
El fuerte caballero sin ventura,  
Cargando tantos animos protervos  
Como sobre cadáver negros cuervos.

Ocupase la gente carnícera  
En la presa que tiene de presente,  
Lo cual visto por Pedro de Ribera  
Convoca luego la cristiana gente;  
Pero ninguno dellos hay que quiera  
Volver á socorrer á su regente,  
Porque todos seguian al Quiñones  
Cuyos piés no hallaban trompezones:

Atajando gran parte de camino  
Por no querer subir á la ladera  
Adonde el Alatrax primero vino  
Y segun le mandaron los espera;  
El cual viendo bajar el torbellino  
Que le tomaba ya la delantera,  
Con los cinco que tiene determina  
Bajarse por la parte mas vecina.

Como los pobres iban de huida  
Por pasos de lugar inaccesible,  
Y cuanto mas duró la descendida  
Tanto mas la hallaron imposible,  
Donde pensaron escapar la vida  
Llegó la muerte con rigor terrible,  
Pues de ciego temor arrebatados  
Allí quedaron estos despeñados.

Los otros que huían tras Quiñones,  
A causa de no ser senda bastante  
Por ser angosta y altos reventones  
A los lados del triste caminante,  
Unos á otros daban empellones  
Con gana de pasar mas adelante,  
Y así por rocas y derrumbaderos  
Se despeñaron otros compañeros.

Van al fin como gente sin caudillo,  
Sin tener uno de otro confianza,  
Haciendo siempre doble de sencillo  
Por abreviar la cuenta desta danza.  
Abogóse Rodrigo Jaramillo  
Con aquella fogosa destemplanza,  
Con otros dos ó tres que sin heridas  
Quedaron perdidosos de las vidas.

Con esta pesadumbre y agonía,  
Los heridos que iban ya por llano  
Al general toparon que venia,  
Espoleando bien su rabicano,  
Con gente de refresco que traia  
Para socorro de la flaca mano,  
Porque ya por los tiros y señales  
Que hizo el Alatrax vieron sus males.

Vido la demás gente divertida,  
Y cómo sin ningun orden procede;  
Por la falda que ve menos erguida  
Sube con el caballo cuanto puede;  
Recoge los que halla con la vida  
Procurando que nadie se le quede;  
Al Juan de Rojas llama, no responde;  
Pregunta dónde está, no dicen dónde.

De su salud y vida desespera  
Viendo que no le dan razon patente,  
Hasta tanto que Pedro de Ribera,  
Postrero que huyó de la creciente,  
Acabó de bajar de la ladera  
Midiéndola con paso diligente,  
Al cual por llegar falto de resuello  
Con dificultad pueden entendolo.

Cansada turbacion su lengua para;  
Pero desque cobró mayor aliento,  
Al Francisco de Castro le declara  
El desastrado fin y acabamiento,  
Y que ninguno dellos escapara  
De manos del ejército sangriento,  
Si no se detuviera todo junto  
En rodear un cuerpo ya difunto.

Y que como le vió desta suerte  
Dió voces á la gente que huía;  
Pero como ninguno se convierte  
A le dar el socorro que pedia,  
El también por librarse de la muerte  
Se descolgó por do mejor podia,  
Pues dilatarse mas fuera de loco  
Y aprovecharse demás desto poco.

El Castro por los ruegos incentivos  
De los del escuadron desbaratado,  
Que como miserables fugitivos  
Son poseidos de temor pesado,  
Luego hizo camino con los vivos  
Que vuelven al lugar recién poblado,  
Do la seguridad era ninguna  
Porque no se la daba la fortuna.

El no parar tomaron por regalo  
Y el huir escogían por honesto,  
Escarmentados del suceso malo  
Y de ver levantar en un recuesto  
Al Juan de Rojas en el mismo palo  
Y adonde el indio fué por ellos puesto:  
Espectáculo digno de lamento  
Y que causó notable sentimiento.

Gran multitud de indios vieron luego  
Que se convocan por los altos puertos,  
Que para descubrir el suelo ciego  
Y pasos con las yerbas encubiertos  
A las zavas altas ponen fuego  
Para poder hallar mas cuerpos muertos,  
Cuyos miembros sirvieron de presentes  
Enviados á partes diferentes.

Y quién duda que en este detrimento  
Algunos que tenían por perdidos  
No tuviesen aun vital aliento,  
Entre las altas yerbas abscondidos,  
Y esperaban salir en salvamento  
De los nocturnos nublados socorridos,  
Como el platero Pedro de Espinosa  
Dentro de cierta mata montuosa?

Este, cuando la furia se desata  
Y vió la fortuna ser aviesa,  
Con sed intolerable que lo mata  
Y no poder huir con tanta priesa,  
Cubrióse con la sombra de una mata  
Con cantidad de árboles espesa,  
Acerca de la cual agua corria,  
De donde con obscuridad bebía.

Allí fué detenido por dos días,  
Al cabo de los cuales, con obscuro,  
Por no topar con bárbaros espías,  
En busca fué de puerto mas seguro;  
Halló las españolas compañías  
Muy apartadas ya del nuevo muro,  
Reconociendo que no son bastantes  
Tan pocos para guerras semejantes.

Y muchos dellos sin pedir licencia,  
Viendo la tierra de peligros llena,  
Determinaron de hacer ausencia  
Pasándose por mar á Cartagena:  
Digo en canoas, no sin diligencia,  
Por el gran río de la Magdalena;  
Y el Quíones muriera sin remedio  
A no poner el agua de por medio.

Viéndose los que quedan descontentos  
Por no ser parte para la frontera,  
Al Castro hacen mil requerimientos  
Pidiéndole que luego salga fuera;  
Y así desampararon las asientos  
Para ir á la marítima ribera,  
Hasta la ciénaga, cuyos vecinos  
Eran de paz y ya todos ladinos:

Gente que de la paz no se desvia;  
Pero la de los indios es tan ciega,  
Que yo por cierto no me espantaria  
Ser áquestos también en la refriega;  
Llegados pues al indio que regia,  
Por Francisco Gonzalez se le ruega  
Traigan al empalado sin ventura  
Para le dar terrena sepultura.

Dijo que lo hará de buena gana,  
Y número de indios prevenido,  
Mandóles ir por él con obscurana  
Porque no fuese visto ni sentido;  
Y así no bien llegada la mañana  
El infelice cuerpo fué traído,  
Con el cual de la suerte que podían  
A Santa Marta su camino guían.

Como fuese sabida por el tío  
La rota y el pesado desconcierto,  
De luctuoso traje y atavío  
Fué para recibir el cuerpo muerto,  
Siendo sus ojos abundante río  
Y de cuantos estaban en el puerto,  
Por ser en sus costumbres bien compuesto,  
Valiente, liberal y hombre modesto.

Luego campanas dan mudas querellas  
Y suenan sus clamores y señales;  
Lamentabanlo dueñas y doncellas  
Presentes en áquestos funerales;  
Relatan sus virtudes, y con ellas  
Hechos y valentías principales;  
Y con gran pompa y aparato lleno  
A la tierra le dieron lo terreno.

Y para que corriese con aumento  
La pesadumbre y el desasosiego,  
Entre los bondos hubo movimiento,  
Del cual quisiera dar noticia luego;  
Mas porque por agora yo me siento  
De los pesados lloros cuasi ciego,  
Querria hacer pausa de presente  
Y descansar primero que lo cuente.

### CANTO TERCERO.

Donde se trata la rebelion de los indios de Bonda, y el orden que tuvieron para ganar la fortaleza, con otras cosas en aquel tiempo acontecidas.

Al triste que persigue la fortuna,  
Para que no le quede donde estribe  
En dalle coces es tan importuna,  
Que no para hasta que lo derribe,  
Por ser de condicion que, dada una,  
Para dar otras muchas se apercebe;  
Y así los temerosos deste dolo  
Dicen «bien vengas, mal, si vienes solo».

Desta manera pues le sobrevino  
Al don Luis en estas turbaciones,  
Pues no bien enterrado su sobrino  
Ni hechas funerales oblacones,  
Se levantó notable torbellino  
De guerra por cercanas poblaciones,  
En Bonda mayormente, gente fiera,  
Cuyo suceso fué desta manera.

Habia Manjarés edificado  
Un fuerte por sus faldas y raices,  
De los fumosos tiros preparado  
Que suelen ofendelles las narices;  
Por selles este yugo muy pesado  
Y querello quitar de sus cervices,  
Por muchas veces y con gran braveza  
Rodearon áquesta fortaleza.

Aqueste fué turbion de cada día,  
Sin interposicion de mes ni año,  
De bien apercebida compañía,  
O ya con claridad ó con engaño;  
Y aunque bárbara gente recibía  
De parte de los tiros algun daño,  
Con sus flechas también hacían suertes  
Y de las partes ambas hubo muertes.

Pero prolijo tiempo ya pasado,  
Como vieron que no les aprovecha  
Contrastar aquel fuerte fabricado,  
Que siempre de mas armas se pertrecha,  
No tanto por temor cuanto por grado  
Se concertó la paz y quedó hecha,  
Y dieron el servicio y obediencia  
A quien de Manjarés cupo la herencia.

Al cual estos servían muy de gana,  
Y creo que también sirven agora  
A su hijo y á su mujer doña Ana  
Ramirez, nobilísima señora,  
Ejemplo de bondad y de cristiana  
Religion, en el pueblo donde mora;  
Y por obligacion ó por respecto  
Los bondos la servían en efecto.

A sus ferias, contractos y mercados  
Venían á los términos marinos,  
Compraban cosas á que son usados,  
Pero principalmente buenos vinos,  
Con muestras de que estaban olvidados  
De todos helicosos desatinos,  
A sus encomenderos ya subyertos,  
Pacíficos, alegres y quietos.

Con estas muestras que de paz había  
No fueron en la vela tan enteros  
Cuanto para la vida convenia,  
Demás de ser ya pocos compañeros;  
Y estaba la tenencia y alcaldia  
A cargo de Alvaro de Ballesteros,  
El cual tenia por estar ausente  
Un fulano de Castro por teniente.

Dió por algunos años buena cuenta  
En todos los guerreros movimientos;  
Mas cuando numerabamos setenta  
Y cinco ya de mas de quince cientos,  
Del bárbaro rigor de experimenta  
Sus golpes inhumanos y violentos,  
Por astucia de meditacion lengua,  
Que diremos á tiempo que convenga.

A doña Ana Ramirez, que es el ama  
De lo superior deste gentío,  
Había consumido veloz llama  
Dentro de sus solares un buhío;  
Y para restaurar el daño, llama  
Indios sobre que tiene señorío,  
Y el Castro, capitán, de la frontera  
Mandó que le trajesen la madera.

Y estos indios de Bonda la cortaban  
Por el orden que Castro les decia,  
Y entre tanto que al pueblo la llevaban  
Pegada con el fuerte se ponía;  
El grande regocijo que mostraban  
Ningun intento malo descubria,  
Aunque los mas traían en las manos  
Hachas y segurones castellanos.

Buscando coyuntura para prueba  
De sus crüeles tajos y reveses;  
Y antes que la madera que se lleva  
Hollase los marítimos conveses,  
A los de Santa Marta vino nueva  
Cómo venían naves de franceses,  
De que se recibió grande congoja,  
Considerada su defensa floja.

Y para dar el orden y concierto  
A semejante trance conviniente,  
Cabildo se mandó hacer abierto,  
Adonde se juntó toda la gente  
De los que residían en el puerto,  
Do diga cada uno lo que siente;  
Y del seso comun de la consulta  
Es esta la sentencia que resulta:

Que los hombres estén en sus viviendas  
Sin mostrar cobardía ni flaqueza,  
Pero que las mujeres y haciendas,  
Y lo mas substancial que de riqueza  
Les parecían ser mejores prendas,  
Luego llevasen á la fortaleza  
De Bonda, pues entonces la ventura  
No concedía parte mas segura.

Tuvieron estos por consejos buenos;  
Y á causa de que vian las navíos,  
Envían adelante cofres llenos  
De oro, plata y otros atavíos;  
No sacan las mujeres destos senos,  
Porque no tienen prestos los avíos  
Y porque por haber vientos contrarios  
No tomaron el puerto los cosarios:

Suceso de grandísima ventura  
Y merced proveida por el cielo,  
Pues á salir en esta coyuntura  
Fuera mayor dolor y desconsuelo,  
Porque la honra mas cabal y pura  
Quedara derribada por el suelo,  
De la manera que quedó su fuerte,  
Que los indios ganaron desta suerte:

Al naoma de Bonda Macarona,  
Por ladinos de malos pensamientos,  
Oyéndolo tractar, se le razona  
Cómo llevan mujeres y armamentos  
Que tiene cada cual de su persona  
A los fortalecidos aposentos;  
El cual, viendo razon tan conviniente,  
A su general dijo lo siguiente:

«Siento, Coendo, ser consejo sano,  
Si queremos vivir vida segura,  
Que no dejemos tiempo de la mano  
Ni perdamos áquesta coyuntura,  
Para que del ejército cristiano  
Escaparse no pueda criatura;  
Y agora quiero ver por esperiencia  
No solo tu valor, mas tu prudencia.»

«Ansi vecinos como mercaderes  
Dicen que tienen en la fortaleza  
Las prendas de sus hijos y mujeres  
Y todos sus caudales y riqueza;  
Y allí, como ya sabes, sus poderes  
Son agora notados de flaqueza,  
Y el alcaide con todos sus soldados  
De nuestra paz estan muy confiados.»

«La demás gente por acá no viene,  
Ni verná por agora, pues es cierto  
Que dentro de sus casas se detiene,  
Concordes todos de comun concierto,  
Velándose segun que les conviene,  
Para defensa y guarda de aquel puerto,  
Adonde como suelen otras veces  
Dicen venir navíos de franceses.»

«Conviéneme pues mucho que durantes  
En la marina tales turbaciones,  
Procuremos acá de ser bastantes  
Para ganalles estas municiones;  
Pues perder con personas semejantes  
Tan buenas y adoptadas ocasiones  
Será tener con intima fatiga  
Delante de los ojos una higa.»

«La cual me da mas grande desconsuelo  
Que por palabras puedo declararte,  
Y para derriballa por el suelo,  
Con lo mas fuerte de su baluarte,  
Ningun tiempo nos vino mas á pelo  
Ni menos advertencia de su parte,  
Ni se pudo hacer áqueste hecho  
Con menos riesgo ni con mas provecho.»

«Reconocidas tienes las ventajas  
Que tenemos, pues siempre son continas,  
Y bien entenderás que no van pajas  
En recoger aquellas sedas finas,  
El oro, plata y las demás alhajas,  
Y las mujeres para concubinas;  
Las cuales cosas puestas en tu mano,  
Consuma lo demás el dios Vulcano.»